

C
972
S

veinticinco por ciento del importe del presupuesto, el gobierno podía sostenerse; cuando el deficiente era superior á la cuarta parte de lo que se gastaba, venía la revolución destruyendo la riqueza pública y la privada, impidiendo la recaudación de impuestos, segregando provincias enteras á la obediencia del gobierno y derribando lo existente por un fenómeno más que político, mecánico: por la fuerza de la inercia.

Entonces se necesitaba recurrir á los remedios heroicos, á los remedios desesperados, á los grandes remedios; pero estos resultaban siempre muchísimo peores que la más terrible enfermedad: los negocios (como se llamaba por antífrasis á las más tenebrosas combinaciones usurarias, del mismo modo que se apellidaba *benévolas* á las Furias y *benéficas* á las hechiceras) los negocios —*el dinero de los otros*, como dijo quien lo sabía— consistían en la entrega de una cantidad corta, lo más corta posible, en dinero ó en géneros, y de otra en papeles, á cambio de órdenes que las aduanas marítimas habían de recibir en vez de numerario. El negocio era mejor mientras más insignificante fuera la cantidad de dinero entregada, y peor si había que *refaccionar*, es decir, que dar alguna suma chica ó grande sobre la contratada primitivamente; si el gobierno venía abajo, había que poner el crédito en nombre de un extranjero ó que naturalizarse inglés, español ó francés para obtener el pago: así fue como se extranjerizaron muchísimos que hoy alardean de mexicanismo rabioso, y como obtuvieron grandes fortunas á cambio de metamorfosearse más que protagonista de comedia de enredo.

En cuanto á los extranjeros auténticos, la dificultad

era mayor. Cierta ó falsa la historia de los pasteles del año treinta y ocho, la verdad es que los alienígenas eran nuestro azote; los ministros diplomáticos repartían tiros entre quienes miraban de mala manera á sus caballos; golpeaban á los funcionarios del país; introducían géneros de contrabando; favorecían picardías calificadas, como la del bellaco padre Morán; protegían reclamaciones como la de aquel Jameson, que pidió \$50,000 por haber dado un consejo al ministro; compraban créditos para hacerlos ingresar á las convenciones y hacían el papel de Tenorios y de Matamoros de mentirijillas, para retirarse á sus países declarando entre meneos de cabeza y gestos de escándalo, que los mexicanos no tenían remedio; que eran incapaces de sacramento; que los que no eran ignorantes eran malvados y que esto era sólo desorden, confusión, trabas y mala fe.....

Mas todo el mundo miraba que aquel estado de cosas no podía prolongarse más tiempo: no había para el gobierno garantías de duración, ni probabilidades de éxito, ni seguridad de recaudar impuestos, ni posibilidad de tener vida cuerda y pacífica: se reformaban y se refundían las leyes, se celebraban fiestas de la paz y se cantaba en églogas virgilianas el mayor de los bienes de que pueden disfrutar los humanos; pero eso no obstaba para que, al día siguiente, un motín, una asonada, un pronunciamiento que enarbolaran un nuevo pendón y alzarán sobre el pavés á un nuevo capitanejo, aparecieran dejando feos arbitrios, reformas, intenciones y ditirambos.....

Los discretos, que eran muchos, comprendían que para tener paz, se necesitaba tener dinero; que para tener

C
972
S

dinero, era menester tener trabajo organizado; que para tener trabajo organizado, se requería capital; que para tener capital, era preciso tener crédito y que para tener crédito, urgía conquistar la paz ¡Círculo vicioso del cual no era posible salir ni alejarse un punto! Paz y crédito; en eso estribaban las esperanzas de nuestra redención, y no era posible obtenerlas mientras no se modificaran sustancialmente las condiciones del medio.

Vino entonces la guerra de Reforma, que se diferenció de cuantas hemos tenido en que fueron su razón de ser no, como se creía erroneamente, el predominio de una confesión determinada, el deseo de emancipar las conciencias ó el de implantar un sistema político especial, sino el afán de una distribución mejor de la propiedad estancada y paralizada, el deseo de bienestar, en una palabra, la *mantenencia de cuerpo*, que había dado el viejo Juan Ruiz como uno de los móviles de todas las acciones humanas

¿Por qué no aprovechó la Reforma los millones de la desamortización, para sacar al país de sus ahogos financieros? No es de este lugar el decidirlo; quizás no tuvo tiempo; quizás no pensó sino en conseguir prosélitos que le ayudaran contra la reacción; quizás no pudo abarcar en su programa tantas cosas al parecer tan disímiles. Básteles á aquellos viejos jacobinos, rectos como una columna griega y severos como una sentencia de Chamfort, la gloria de no haberse apoderado de un solo centavo de los millones que produjo la nacionalización: de esos reformistas sí que podía decirse que no tenían mancha de oro ni de sangre en sus manos, ni tacha de tornadizos en sus historias, ni roedor de villanía en sus conciencias.....

El pobre Maximiliano, que se consagró á gastar en coches, libreas, vinos, cuadros y pensiones las millonadas que la labia de M. Fould sacó de las *bas de laine* de las porteras francesas, Maximiliano no hizo más que ahondar el abismo, aumentar el desorden y contribuir á la desmoralización. M. Langlais, que no tardó en convencerse de que no era posible obtener aquí nada que no fuera peor de lo que había, pereció al engolfarse en el piélago de papeles que formaban la lamentable historia de nuestra hacienda, y dejó la tarea á un mexicano del más subido mérito, que después de luchar al lado de Juárez durante la guerra, volvía á hacerle posible la existencia en los tiempos de paz. Pocas, pero importantes en sumo grado, fueron las reformas que logró hacer efectivas el señor don José María Iglesias, que al fin se retiró también enfermo y sin fuerzas.....

Entonces vino un luchador que estaba cubierto con la triple coraza del primer navegante: era austero como un puritano y trabajador como un benedictino; se contaba que escribía un tomo por semana, que velaba hasta la media noche, que llevaba publicados no sé cuántos libros de letra menuda, una verdadera biblioteca en que había más ciencia y más habilidad que en todo cuanto se conocía de los demás autores.....¿Por qué, pues, don Matías Romero, resultaba tan maltratado, tan vejado, tan insultado? La prensa le satirizaba; el Congreso desatendía sus propuestas; los pensionistas le aborrecían y los contribuyentes llegaron á quemarle en efigie: era el hombre más impopular que hubiera habido en México desde la independencia al año setenta del siglo pasado.

C
972
S

Como para justificar la fama de mónstruo que le había precedido, su primera obra fue un trabajo monstruoso: el título, como aquel del doctor Nares, contiene tanta lectura como un prólogo, la introducción como un libro, el libro como una biblioteca; produce el efecto que le produjeron al capitán Gulliver, en Brobdignac, las espigas de trigo como encinas, los dedales como cubos y los jilgueros como pavos. Yo no sé de nadie que se haya echado áuestas ese trabajo colosal, y creo que si se les propusiera la lectura como conmutación de pena, los más empedernidos criminales vacilarían y concluirían por pedir que se les volviera á sus celdas. Y el trabajo de la lectura no consiste sólo en la extensión: el estilo es tan crespo y enmarañado, tan lleno de rocallosidades, tan apretado de superfetaciones de ideas, que parece le brotan escamas á cada período. Puede decirse de ese estilo lo que el más ilustre de los críticos franceses dice del de algún filósofo de la época de la Restauración: el autor debe de haber tenido muy firme la cabeza, cuando no la perdió leyéndose á sí mismo.

Pero don Matías Romero, además de ser inteligente, laborioso, fuerte y sano de cuerpo y alma, poseía algo que le hacía un hombre necesario: tenía juicio, era honradísimo y no se desanimaba por obstáculos. Trabajó sin descanso y sin recompensa, pero tuvo la amargura de que ninguna de sus medidas fuera aceptada, ninguna de sus iniciativas comprendida, ninguna de sus opiniones considerada por quien podía serlo. Queriéndolo ó no, don Matías vino á ser el justo kantiano, seguro y firme sólo en el cumplimiento del deber metafísico.....

La revolución de Tuxtepec había triunfado; llevaba

ocho años en el poder y había traído la paz, pero aún no había conquistado el crédito; para eso era menester probarles á los extranjeros que la nación calavera y derrochadora de los antiguos tiempos se había transformado en la nación seria y honrada que deseaba le hicieran sitio los pueblos bien aceptados y correctos; que el don Juan de Mañara, que había gastado su hacienda en vanidades y festines, era el don Juan de Mañara que levantaba asilos al arrepentimiento y al bien obrar.

Entonces se reconoció la deuda, se contrataron empréstitos y se emprendió el camino que se pensaba había de conducir á la meta deseada; pero el día menos pensado, muerto el ministro que guiaba aquella situación, se vió que se vivía de prestado, que no había tal prosperidad financiera y que estábamos al borde de un abismo.....

El general Díaz debe de haberse irritado contra aquel sistema de mentiras, de contempORIZACIONES, de distingos y de medias medidas; llamó al viejo don Matías, que como los profetas hebreos rumiaba desde Washington anatemas cálidos como las lágrimas y amargos como el acíbar; y don Matías vino armado de sus números, de sus datos, de sus cálculos y de sus demostraciones, y con su furia de puritano y con su impetuosidad de hombre honrado y con su fuerza de *squatter* deshizo el castillo de naipes y de nuevo se marchó á sus soledades menos huraño, menos hosco, menos agrio que otras veces... Había comprendido que México estaba ya en sazón para probar el manjar acre pero substancioso de la verdad (que sólo alimenta á los fuertes) y que no había para que tenerle sumido en el sopor que producen los narcóticos, ni consolarle con las vanas alucinaciones que acarrean las solanáceas.